de de su madre. Iba á salir el secretario cuando... Mas narrarémos antes otros sucesos necesarios para comprender bien la historia.

CAPÍTULO XI.

LAS CONSECUENCIAS DE LOS CELOS.

No detuvo á Felipe de Marnis el accidente de María Ana, y se dirijió muy satisfecho *á la posada del gallo encarnado*. Eran las diez de la mañana.

Su escudero le recibió y Felipe le dijo:

—Albino, ¿has ejecutado mis órdenes?

—Sin olvidar una palabra. Ya saben varios confiteros que deben tener preparados toda clase de dulces, y tendrémos flores para enterrar á todos los niños de Malinas si dan en la flor de morirse.

—¿Ha venido el caballero Mos de Theron? repuso Felipe de Marnis.

—En aquella pieza está almorzando, contestó Albino, y ¡vive Dios! que tiene escelente apetito.

Felipe dejó á su escudero, é inmediatamente fué en busca del caballero Mos de Theron, á quien encontró entretenido con un gran lomo de ternera.

—¡Voto al diablo! esclamó Theron, viendo á Marnis, que estoy cansado de esperar.

—¿Hace mucho tiempo que esperas? repuso Felipe con frialdad..

—Dos horas cumplidas, Felipe. ¿Sabes tú lo que son dos horas?

—¿Y nuestra gente? preguntó Marnis, sin hacer caso del mal humor del caballero.

—Dentro de Malinas: con arreglo á tu mandamiento.

—¿En qué posada está alojada?

—En todas las de la ciudad.

—Escelente precaucion, amigo. Vales mucho mas que yo pensaba.

—Dejamos los caballos en una alquería, que distará un cuarto de legua; nos dividimos en pequeños grupos, y entramos por distintas puertas, dijo Theron, orgulloso con el elogio que acababa de hacerle Marnis.

—¡Magnífico! Repito, Theron, que vales mas que yo pensaba.

—¿Y tú qué has hecho mientras he llevado á cabo tus órdenes?

—Todo está dispuesto de la mejor manera dable.

—¿Y es ya ocasion de que yo sepa en dónde darémos el golpe?

—En el convento de San Alejo, si el diablo no quiere otra cosa.

—Muy bien. Despues de pasar á cuchillo al príncipe y su comitiva, mutilarémos las imágenes y saquearémos el convento.

—Lo que es necesario, Mos de Theron, es apoderarnos de D. Juan.

—Lo uno no le quita á lo otro, y así será miel sobre hojuelas.

—Bien. Ahora es preciso que avisemos á todos nuestros compañeros, para que empiecen á ejercer sus nuevas funciones.

—En acabando de almorzar irémos, Felipe, en su busca.

—No hay tiempo que perder, Theron.

—¿Y es tiempo perdido, por ventura, el que se gasta en almorzar!

—En algunas ocasiones sí. Levántate, Mos de Theron, y sígueme.

Mos de Theron dejó su almuerzo, no sin haber apurado antes una botella de Jerez, pues aunque enemigo de los españoles, hacia las paces con sus vinos, y reuniéndose con el escudero de Marnis, se encaminaron todos tres en busca de los conjurados. Dejémoslos seguir su marcha y volvamos al monasterio de San Alejo.

Al salir Felipe de Marnis de la antecámara de la abadesa, entró Margarita y lanzó un grito, viendo á su señora desmayada. A este grito abrió los ojos María Ana, cubriéndose el rostro con las manos, atormentada y abatida.

—¡Qué teneis, señora, que teneis? la preguntó su camarera.

—Nada, Margarita. Ven á vestirme, repuso temblando la abadesa, y las dos entraron en la cámara, guardando espresivo silencio.

Grandes esfuerzos hacia María Ana para presentarse tranquila, y estos esfuerzos se aumentaron cuando algunos momentos despues entró en la cámara Enriqueta. Para disimular mejor, pidió María Ana el desayuno, y ambas amigas se sentaron sin grandes muestras de apetito.

—¿Habeis pasado buena noche? preguntó la hermana del baron de Hesse á la superiora del convento.

—Muy buena, hija mia. ¿Y tú has dormido hasta muy tarde?

—Hasta las diez lo menos, señora, he dormido profundamente.

—Dichosa tú. Yo me he levantado á las ocho.

—No os he sentido. ¿Y por qué habeis hoy madrugado tanto?

En este momento entró Margarita y dijo á su señora:

—A la puerta están unos cuantos criados con grandes bandejas de dulces, y otros con canastos de flores. ¿Les dejamos franca la entrada?

El cuchillo y el tenedor se desprendieron de las manos de la abadesa, rompiendo el plato de porcelana de sajonia en que comia, y una súbita palidez cubrió sus mejillas; pero haciendo un esfuerzo desesperado dijo balbuciente y turbada:

—Es verdad.... El príncipe vendrá á visitarnos, es necesario prepararle una decente colacion; disponedlo todo....

Y dejando en el mismo instante el desayuno, comunicó las precisas órdenes con manifiesta turbacion.

Siguiendo las órdenes de Felipe, se presentaron los conjurados con bandejas y canastos de flores, en cuyo fondo llevaban ocultos los puñales y arcabucetes. A las once y media habian entrado treinta orangistas en la celda, porque los demas debian confundirse con los curiosos que rodearian al príncipe y su comitiva. Felipe de Marnis y Mos de Theron se presentarian bien armados en el momento decisivo, y si la Providencia no salvaba al gobernador general su pérdida era segura. Mas esperémos los sucesos, y ocupémonos entre tanto de otros personajes conocidos.

En la escalera del monasterio estaba un hombre, lujosamente ataviado, que no pudiendo cubrirse el rostro por la hora, ni ocultarse por lo despejado del sitio, hacia alarde de encontrarse allí, consiguiendo con su descaro llamar muy poco la atencion.

Dieron las doce: Enriqueta de Horn abrió con cuidado la puerta de la celda abacial; se asomó á la baranda de la escalera, hizo una seña á Octavio Gonzaga, que era el apuesto caballero. Octavio subió de dos en dos los escalones que le separaban de Enriqueta; atravesó una pequeña crujía que acababa de cruzar la jóven, y entró en una celda, cuya puerta encontró entornada. Enriqueta la cerró al momento con llave y dijo á Gonzaga:

—Cuánto he sufrido con el temor de que no vinieras.

Mucho me ofendes, Enriqueta, dudando de mi puntualidad. Te amo, y quien ama como yo, Enriqueta....

—No se trata de amor, Gonzaga. No pretendo hablarte de amor.

—¿Qué dices?

—Que en este momento debemos olvidar, Octavio, nuestro inestinguible cariño....

—¡Olvidar nuestro amor! no, Enriqueta. Primero la muerte....

—La muerte te amenaza, Octavio, y es preciso evitar tu muerte.

—Rayaba el valor de Gonzaga en temeridad, pero aquella imprevista noticia le causó un estremecimiento involuntario, y esclamó:

—¡Qué dices, Enriqueta, qué dices!

—Digo, Octavio, que en este momento se afilan cincuenta puñales para traspasarte el corazon, y que si no evitas el golpe, muy pronto llegarán á él.

Gonzaga miró á su bien amada, como hombre que no cree lo que le están diciendo, y Enriqueta continuó:

—Respóndeme, Octavio, respóndeme, porque nos va en ello la vida.

—Pregúntame, Enriqueta, pregúntame, repuso Gonzaga.

—¿Debe venir el príncipe hoy al monasterio de San Alejo?

—Sí, Enriqueta. Aquí lo tendrémos sin falta esta misma tarde.

—Díme, ¿en dónde ha pasado D. Juan la noche anterior?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Te juro, por lo mas sagrado, que no lo sé; solo puedo decirte que no la pasó en su palacio, y te lo afirmo bajo mi palabra de honor.

—Pues yo te diré, Octavio Gonzaga, que pasó la noche en Bruselas.

—¿En Bruselas? Te han engañado. ¿Estuvo el príncipe en Bruselas?

—Sí, "D. Juan de Austria, solo, sin mas arrimo que su espada y su corazon de diamante, penetró á media noche en Bruselas, llegó á la iglesia de Koubenverg, y ante quinientos conjurados, que acababan de jurar su pérdida, se descubrió el rostro."

—Enriqueta....

—He oido esta mañana las palabras que te acabo de referir.

—Esplícate, por Dios, esplícate, que me haces temblar.

—Habito en la celda de la abadesa. A las ocho de la mañana oí un leve rumor, me levanté movida de curiosidad ó quizás de un secreto instinto, atravesé mi estrecha cámara, y mirando por la cerradura de su puerta, vi en la antecámara á la noble María Ana de Berghe, y al caballero Felipe de Marnis.

—¡Enriqueta!

—Su conversacion fué acalorada y enigmática para mí; pero retuve algunos periodos....

—Esos periodos, Enriqueta.

—Felipe dijo: "Has dispuesto algun refrigerio para el príncipe?" "La abadesa contestó que no." "Pues yo creo oportuno que dispongas un gran refresco," repuso Marnis, y añadió despues: "Dentro de una hora se presentarán varios criados, muchos en número; tal vez cincuenta, quizás mas. Todos traerán dulces, licores, canastos de flores: cuanto considere necesario. Los recibirás como si fueran tus propios criados, María Ana: los dejarás vagar á su arbitrio por esta celda, dándoles una habitacion particular, y nada mas ecsijo de tí."

—¿Y qué contestó la abadesa?

—Opuso obstáculos, queriendo saber sus proyectos: entonces esclamó Felipe, horrorosamente ajitado: "Pues sábelo; y serás mi cómplice si no prefieres ser mi víctima. Aquí debe entregarse preso ó parecer el príncipe D. Juan de Austria: aquí deben ser asesinados los señores de su comitiva." "¡Qué horror! ¡Imposible! ¡Jamás!" dijo la abadesa aterrada. Siguieron algunas réplicas incomprensibles para mí, y entonces Felipe de Marnis contó la ida de D. Juan á Bruselas. Despues la discusion tomó su anterior carácter de misterio, y por último María Ana dijo lanzando un profundo suspiro: "Haré lo que quieras, Felipe." El caballero se despidió, y la abadesa cayó en la alfombra sin sentido.

—¿Y despues, Enriqueta; y despues que se desmayó la abadesa?...

—Despues han venido los criados, han puesto las mesas, han colocado las bandejas, las flores y los ramilletes; se han encerrado algunos de ellos en una espaciosa habitacion, y esperan la hora del sacrificio con siniestra tranquilidad. Ya lo sabes todo, Gonzaga.

—¿Está con ellos Felipe de Marnis?

—No: sin duda acaudilla el mayor número, que presumo estarán ocultos en otros parajes del monasterio ó en sus inmediaciones quizás.

—Lo que me cuentas es horrible, tan horrible que apenas lo puedo creer.

—Huye, Gonzaga; huye de aquí; huye de Malinas; huye de Flandes. No quiero verte rodeado siempre de peligros, amenazado por los puñales; porque tú eres, el amigo del príncipe, y no te lo perdonarán nunca.

—Sí, Enriqueta, yo soy el amigo del príncipe, y en este convento que ocupan los traidores, sobre el cadalso, ó bajo el puñal de un asesino, lo repetiré con noble orgullo: *yo soy el amigo del príncipe.*

—Octavio hablaba con vehemencia, y su voz vibraba de tal modo, que hubieran podido muy bien oirla en el prócsimo corredor. Enriqueta le tapó la boca con su linda mano y le dijo:

—Calla, por Dios, Octavio, calla; ¿no conoces que pueden oirte?

—¿Qué me importa?

—Los asesinos....

—Iré yo mismo á provocarlos: á oponer mi pecho á sus puñales: á....

—¡Octavio! ¡Oh! no corras así hácia la muerte.

—Ciño una buena espada, y late aquí un buen corazon.

—Son muchos y estarán armados. ¿Qué podrás hacer contra todos?

—Para muchos traidores basta, Enriqueta, con un leal.

—Morirás, Octavio, sin remedio y sin provecho de tu causa.

—Moriré con gloria, Enriqueta, y mi muerte causará envidia.

—¿Y quién salvará, si tú mueres, al noble príncipe?

Gonzaga, que habia hablado alto hasta aquel momento, bajó de repente la voz, y dijo con apagado acento:

—Es verdad, si yo muero el príncipe no podrá salvarse.

—Huye, Octavio, sálvate tú, yo lo quiero.

—Huiré, Enriqueta; tienes razon: es preciso salvar al príncipe.

—Quizás no nos verémos mas, murmuró Enriqueta llorando.

—Esta misma tarde, si quieres. En estando el príncipe á salvo, me tienes, hermosa Enriqueta, á tus piés, repuso Octavio.

—No, Gonzaga, seria una imperdonable locura.

—Sin embargo, sucederá, porque yo lo quiero, Enriqueta.

—Moriré de pena, Gonzaga. Te pido, por Dios, que no pises mas estos umbrales.

—¡Qué dicha si muriéramos los dos unidos!

—¿Me amas mucho, Octavio, me amas mucho?

—Gonzaga, el inconstante, no amará á nadie mas que á tí.

—¡Octavio! ¡Octavio! estoy para volverme loca!

—¡Cuán hermosa estás, Enriqueta! Tus ojos brillan con una luz mas radiante que la del sol: tus labios se mueven como los pétalos de las rosas: tu respiracion es tan suave como las auras matinales: tu aliento es tan puro.... ¿Pero qué digo? En este instante puede llegar aquí D. Juan. Adios, Enriqueta, hasta que el príncipe esté en salvo.

—Adios, Octavio. Salva al príncipe. Ya no nos verémos. ¡Dios mio!

—Esta tarde, hermosa Enriqueta. Yo quiero morir junto á tí.

Octavio salió con arrogancia, atravesó la estrecha crujía, bajó la escalera, y se encaminó hácia palacio. Enriqueta volvió tímidamente á la celda de María Ana: admirando al fiel caballero que, para servir á su príncipe, se olvidaba casi de su amor.

CAPÍTULO XII.

LA PARTIDA.

Iba á salir el secretario, cuando apareció en el umbral Octavio Gonzaga, tan fatigado, que apenas podia respirar.

—¿Qué traes, Gonzaga? le preguntó el príncipe un tanto inquieto, al contemplar su agitacion y la palidez de su rostro.

—Señor, dijo Octavio acercándose y con manifiesta amargura, ¿en dónde estuvísteis anoche? ¿Por qué salísteis de Malinas?

El príncipe quedó admirado al escuchar esta pregunta, y tartamudeó:

—¿Sabes?....

—Señor, todo lo sé. Sé que cuando marchais al peligro no contais nunca con vuestros mejores amigos: que nos estimais en muy poco.

—¿Cómo has sabido mi espedicion? preguntó D. Juan mas tranquilo.

—¡Oh! es una historia muy larga de contar, señor.

—Octavio, dijo el príncipe, mudando de conversacion, dentro de dos horas salimos de Malinas.

—¿A dónde marchamos, señor? preguntó con júbilo Gonzaga.

—A Namur.

—¿Está todo dispuesto? añadió con el mismo afan.

—El duque de Ariscot ha recibido ya mis órdenes; pero antes de emprender la marcha tenemos que hacer una visita.

—¿Al monasterio de San Alejo? preguntó Octavio con zozobra.

—Al monasterio de San Alejo, repuso D. Juan tranquilamente.

—Señor, dijo Octavio con solemnidad, V. A. no puede entrar en el monasterio de San Alejo; yo iré á despedirme en vuestro nombre; la abadesa quedará satisfecha y ganarémos mucho en ello.

El príncipe miró á Gonzaga sin manifestar estrañeza, tan acostumbrado estaba ya á encontrar misterio en todas partes.

—Habla, Gonzaga, dijo D. Juan con su habitual indiferencia.

—En el monasterio de San Alejo os esperan, señor, los traidores, repuso Gonzaga.

—¿Quién los acaudilla? preguntó el príncipe con la mayor tranquilidad.

—Felipe de Marnis en persona.

—Ha querido cumplir su promesa. Pero no, añadió el príncipe animándose de repente, Felipe de Marnis me busca; Felipe de Marnis me provoca; yo probaré á Felipe de Marnis que no se me insulta impunemente. Octavio Gonzaga, quiero saber los pormenores de esta trama: y quiero saberlos al instante.

Octavio refirió á D. Juan cuanto le habia dicho la hermosa Enriqueta de Horn, sin omitir la mas pequeña circunstancia.

—Bien, dijo el príncipe, muy bien: son mios, y haré justicia de una vez. Gonzaga, ve á buscar al momento al duque de Ariscot: avisa á los caballeros de mi corte, y haz que estén prontos los mosqueteros de mi guardia.

—¿Qué pensais hacer, señor? preguntó Escobedo.

—Ir al monasterio, cercarlo, y no dejar un rebelde á vida.

—¡Escelente resolucion! esclamó Gonzaga entusiasmado.

—Señor, repuso Juan de Escobedo, muy pronto salgo para Madrid, y quizá doy á V. A. mi último consejo: holgaria de que fuese seguido sin discusion y en todas sus partes.

—Te juro, por mi augusto padre, hacer todo lo que me digas.

—En este caso, V. A. no irá esta tarde al monasterio.

—Escobedo, ¿quieres que no acabe con mis implacables enemigos?

—Un sacrificio mas, señor. No quiero presentarme en Madrid dejando la guerra empeñada: quiero hablar de paz al soberano.

—Te dí mi palabra, Escobedo, y haré el último sacrificio.

—Mucho os lo agradezco, señor, y os lo pagaré como debo.

—Pensemos solo en nuestra marcha, repuso D. Juan alegremente.

Acababan de dar las dos y media.

El príncipe, Escobedo y Gonzaga noticiaron á muchos nobles de la servidumbre de D. Juan el pronto viaje, recomendándoles el secreto, y todos ellos se apresuraron á disponerlo, mientras el duque de Ariscot avisaba á los demas señores y tomaba las precauciones necesarias. A las cuatro en punto piafaban en el gran patio del palacio un gran número de corceles, y momentos despues el austriaco, rodeado de su comitiva y seguido de los arcabuceros de su guardia, cruzaba la plaza mayor dirijiéndose á la puerta del Arenal. Al tomar esta direccion el cortejo, se separó Octavio Gonzaga, y seguido de un solo criado, se encaminó reposadamente al convento de San Alejo.

Descabalgó en la misma puerta, entregó las riendas al criado, cruzó el zaguan, subió la escalera, entró en la celda de María Ana, y llegó á su cámara, despues de haber sido anunciado.

Estaba en ella la superiora, acompañada de Enriqueta de Horn y de un gran número de religiosas, quienes esperaban con impaciencia la visita del jóven príncipe. A la vista de Octavio Gonzaga sintió María Ana que toda la sangre se le agolpaba á la cabeza, sufriendo á un mismo tiempo celos, remordimientos y confusion.

—Señora, dijo el caballero, saludando á la superiora, despues de haber dirijido una dulce mirada á Enriqueta, el príncipe acaba de saber que Margarita de Valois entrará mañana en Namur: inmediatamente ha dado sus órdenes para salir á recibirla, y ya se halla fuera de Malinas. Por este motivo no ha podido cumplir su palabra, señora, y vengo en su nombre á disculparle.

Iba á responder María Ana, cuando entró Felipe de Marnis, con los ojos fuera del cráneo, los labios negros y sangrientos. Se acercó á la absorta abadesa y la dijo al oido:

—María Ana, me has vendido como á un miserable; prepárate pues á ser mi víctima, y á serlo ahora mismo, María Ana.

—Te juro....murmuró la abadesa; y Felipe, alzando la voz, dijo con resuelto ademan:

—Muchos han deseado saber por qué razon María Ana de Berghe se retiró jóven y hermosa á este monasterio.

—¡Felipe! esclamó la pobre abadesa con el acento del dolor.

—La causa ha estado siempre oculta, porque ha callado el solo hombre que podria revelarla, que podria cubrirla de vergüenza.

—Felipe, repitió la abadesa arrodillándose á sus piés.

—Esta respetable superiora fué á los quince años la querida del caballero Felipe de Marnis, añadió el furioso orangista.

—¡Mentís! gritó Octavio Gonzaga, abalanzándose hácia Marnis, y María Ana cayó casi ecsánime sobre las rodillas de Enriqueta.

CAPÍTULO XIII.

NAMUR.

Acababa de amanecer el dia 24 de Julio, y una lucida cabalgada se adelantaba rápidamente por el camino de Malinas, en direccion á la noble ciudad de Namur. Al llegar á la márgen izquierda del Mossa se detuvo, como por encanto, para contemplar el panorama que se presentaba á sus ojos.

Namur, la ciudad cuyo orígen se pierde en la oscura noche de los tiempos, aparecia medio dormida entre los brazos de dos montañas, á la márgen izquierda del Mossa; rio caudaloso y navegable, que baña sus muros, y sobre el cual hay un gran puente de siete arcos que une la ciudad á un pequeño arrabal, hermoseado con mil pintorescos jardines. El Sambra, rio tambien navegable, cruza la ciudad (dividiéndola en dos partes desiguales, que une el estrecho puente de la Arena,) y se precipita en el Mossa, aumentando así su caudal.

Los viajeros veian á Namur en la posicion mas pintoresca; en primer término descubrian la puerta de San Nicolás, y al frente la iglesia y la calle de

este nombre: mas adelante el palacio del ayuntamiento, llamado *Palacio de las Flores*, inmenso edificio, cuyos puntiagudos chapiteles casi se pierden en las nubes. Contiguo al palacio se veia el estrecho puente de la Arena, y pasado el puente la iglesia de Nuestra Señora, fundada por San Martin, primer apóstol del país. Esta colegiata, principal parroquia de Namur, es célebre por su antigüedad, que se remonta á los primeros siglos de la Iglesia; por su estension mucho mayor que la de la misma catedral; por una capilla subterránea que tiene debajo del coro, en la que se veneran preciosas reliquias; y por un pedazo de mármol, casi informe, que está incrustrado en el primer pilar de la nave, prócsimo á la santa capilla. Pretenden que esta tosca estátua era un ídolo, llamado Nam, que pronunciaba oráculos en un templo de la montaña de la ciudadela, y que quedó mudo al nacimiento de Jesucristo, afirmando algunos autores que de él tomó nombre la ciudad. La plaza de Nuestra Señora es circular y está adornada de magníficos edificios, distinguiéndose los conventos de los carmelitas calzados y descalzos, la casa del ayuntamiento y algunas otras particulares.

A la izquierda de la puerta de San Nicolás, llamada tambien de los Países Bajos, está el convento de los franciscanos, estenso edificio con una hermosísima iglesia: á la derecha las iglesias de San Juan Bautista y de los cuatro Evangelistas, la puerta de Soissons, y el espacioso convento de los padres de la Cruz, célebre por su claustro cerrado de vidrios de colores, y por la gran cruz de oro macizo que le regaló Felipe el Noble, conde de Namur, á principios del siglo trece. Pasado este convento se encuentra la puerta de Entry, y un poco al Norte la catedral, edificio poco considerable, edificado en 1569, dedicada á San Albino, y cuyo primer obispo fué Antonio Hubet, doctor del órden de Santo Domingo.

Al Norte, y sobre una montaña que se eleva entre los dos rios, están la colegiata de San Pedro, fundada en 1202, y la ciudadela, dividida en grande y pequeña; pero que hacen una en realidad, estando unidas por un puente. Varias ermitas habitadas por ejemplares religiosos están medio ocultas en la maleza, y contribuyen á lo pintoresco del paisaje.

La cabalgada contemplaba cuanto acabamos de describir á los primeros rayos del sol de Julio, que doraba las altas montañas, se quebraba en los chapiteles, y plateaba á cortos intervalos la superficie de los rios. Algunos rebaños pacian en las matizadas praderas, y las campanas de la ciudad dejaban oir de vez en cuando sus agudos ó graves ecos.

—Señores, dijo D. Juan de Austria, dirigiéndose á los caballeros que se agrupaban á su alrededor, me vivifica este puro ambiente, y veo con gusto los altos muros de la ciudad de Namur.

—Este paisaje es delicioso, repuso el duque de Ariscot, el aire sano y los habitantes amables: creo, señor, que no sentirá V. A. haber emprendido este viaje.

—Pero á todas partes, dijo el príncipe, nos seguirá, duque, la traicion.

El duque inclinó la cabeza, en señal de triste sentimiento, y al mismo tiempo percibieron el galope de dos caballos. Momentos despues dos ginetes, embozados hasta los ojos, se adelantaron á la comitiva, y apresurando su carrera llegaron en breve á Namur.

—¿Habeis conocido, preguntó el príncipe al duque de Ariscot, á esos misteriosos viajeros?

—No he podido descubrir sus rostros, tanto procuraban ocultarlos.

—Serán conjurados, repuso el príncipe con acento lijeramente conmovido.

—Es probable, observó Ariscot tristemente.

—Dije que la traicion nos seguiria, y dije mal: la traicion se nos adelanta, y se adelanta á la carrera.

Volvió el duque á inclinar la cabeza y el príncipe añadió:

—No importa: en el esceso del mal muchas veces se encuentra un seguro remedio, y yo pienso, duque, encontrarlo.

—Al pronunciar el príncipe estas pocas palabras, que ponian bien de manifiesto su deseo de poner á raya á tan perseverantes conspiradores, salia por la puerta de San Nicolás una brillante comitiva, marchando á su frente el anciano conde de Barlemont, y compuesta del ayuntamiento, obispo y personas principales de Namur.

—Ya vienen, señor, á nuestro encuentro, dijo Andrés de Prada, abriéndose paso hasta el príncipe.

—Ahorrémosles la mitad del camino, repuso D. Juan, poniendo espuelas al caballo y partiendo á galope tendido.

Barlemont y los suyos tambien aceleraron mas la marcha, encontrándose ambas comitivas á unos mil pasos de la ciudad.

El señor obispo de Namur, Barlemont, y el burgomaestre se bajaron inmediatamente, y el príncipe, por honrar al obispo, descabalgó tambien, siguiendo su ejemplo todos los señores de ambas partes.

El obispo dirijió á D. Juan una larga arenga, llamándolo terror de los infieles, escudo de la fé, espada del Señor, Gran Constantino, Cárlos Martel, Carlo Magno, Josué y otras mil citas de la historia. El burgomaestre le manifestó, en lenguaje llano y sencillo, lo muy honrado que se creia con tener la dicha de hospedarlo, y el anciano conde de Barlemont, economizando los cumplidos, se acercó al príncipe y le dijo:

—El dia cuatro de Mayo recibí un billete de V. A.: ¿ha llegado la hora?

—Hablarémos, le contestó el príncipe, y montando de nuevo á caballo llegaron en breve á Namur.

Fué recibido D. Juan de Austria con grandes repiques de campanas, y entre los aplausos de la bulliciosa muchedumbre. Todos se daban el parabien de tener al príncipe en su ciudad: y como sabian que el único objeto de su venida era agasajar á la princesa Margarita, temian que los dejase pronto, y se apresuraban á darle pruebas de un ardiente y puro entusiasmo.

El edificio mas notable de la ciudad, como hemos dicho, era *el palacio de las flores*, y el burgomaestre preparó en él las habitaciones del príncipe, de los caballeros de su casa, y algunas mas para la princesa de Bearne. El cortejo llegó al palacio, y el príncipe y los caballeros subieron juntos á un gran salon, en donde les estaba esperando un opíparo desayuno.

Los nobles huéspedes comieron con el apetito consiguiente á una larga noche de viaje, haciendo los honores el príncipe con galante jovialidad. Satisfecha el hambre, pensaron todos en tomar descanso, y D. Juan se retiró á su cámara acompañado solamente del anciano conde de Barlemont. Así que se encontraron solos dijo el príncipe:

—Os he llamado, conde, para poneros al corriente de cuanto pienso hacer, porque estimo vuestra prudencia y cuento con vuestra lealtad.

—Señor, repuso el noble anciano, me honra en estremo esa confianza, y de todos modos V. A. sabe que puede disponer de mi hacienda, de mi persona y de mis hijos.

—Conozco, conde, vuestra lealtad, y tengo en ella confianza. Como me habeis dicho, os escribí el cuatro de Mayo una carta.

—Que llegó á mis manos al momento.

—¿Qué os decia en ella?

—Me preguntaba V. A. si podria encontrar un asilo en la ciudadela de Namur. Recuerdo muy bien sus palabras.

—¿Y qué me respondeis, Barlemont?

—No sé, señor, qué responder decididamente á V. A.

—¿No contamos con el castellano? ¿Es nuestro enemigo quizás?

—Mos de Ibes es un militar de carácter duro y pundonoroso al mismo tiempo: un hombre de acero que difícilmente se ablanda.

—¿No le habeis hablado? ¿Nada sabe de nuestro intento?

—Nada, señor; me ha parecido inútil hablarle hasta que nos sea indispensable.

—Quizás tengais que hacerlo en breve, muy en breve, querido conde.

—¿No os encontraréis bien, señor, en la ciudad?

—Yo me encuentro bien en todas partes; pero me acosan los traidores, y por no desenvainar la espada tengo que evitarlos huyendo.

—Opino, señor, que en algunos dias estarémos libres de sus infernales traiciones, y quizás los acontecimientos se presenten....

—No, los traidores me perseguirán sin descanso.

—¿Vendrán á Namur? ¿Acosarán á V. A. con tal constancia?

—Conde de Barlemont, ya están dentro de sus murallas.

—¿Es posible? Quizá V. A. se engaña, y preocupado....

—Los he visto, conde, adelantarme en el camino y entrar en Namur.

—Será preciso conocerlos.... ¿Pero de qué medio valerse?....

—Posiblemente traerán una medalla como esta, repuso el príncipe con desden, enseñando al conde la medalla, en cuyo reverso se leia la palabra *contra-juanistas*.

El anciano miró con estrañeza á D. Juan, y el príncipe continuó:

—Apuesto que no adivinais, querido conde, quién no ha querido llevar al cuello esta medalla, distintivo de mis contrarios.

—No puedo adivinarlo, señor; pero habrá muchos que la rechacen con enojo.

—No ha querido llevarla al cuello maesse Cornelio Estraten.

—¡Señor!

—El armero es un buen amigo, y me ha defendido varias veces.

—Habeis hecho una conversion mas milagrosa que la de San Pablo.

—Ciertamente: el hombre recto de corazon al fin sigue la buena causa.

D. Juan dió unos cuantos paseos por la cámara, melancólico y reflecsivo; despues se paró y dijo al conde:

—¿Cuántos mosqueteros teneis que merezcan vuestra confianza?

—Apenas llegarán á ciento.

—Yo tengo ochenta.... Son muy pocos para asaltar la ciudadela.

—Aunque tuviéramos dos mil, señor, iriamos en balde al asalto.

—Dos mil hombres, bajo la conducta de un capitan esperimentado, pueden hacer mucho.... Dos mil hombres....

El príncipe se interrumpió, dió algunos paseos mas por la cámara, y murmuró despues:

—Con ciento ochenta mosqueteros no se puede tomar por fuerza una ciudadela formidable, pero cincuenta caballeros pueden tomarla por astucia Tengo cincuenta caballeros....

—¿Decís, señor? preguntó el conde, oyendo á medias las palabras que tartamudeaba D. Juan.

Ya hablarémos, conde. No he dormido en toda la noche, y necesito descansar. Nos entenderémos otro dia.

—Con el beneplácito de V. A. me retiro.

—Esperad un momento. ¿A qué hora debe llegar la hermosa reina Margarita, hermana del rey Enrique de Francia?

—A las siete y media de la tarde, si son ciertas nuestras noticias.

—Haced, pues, que á las cuatro en punto estén á caballo cuantos nobles quieran acompañarme á recibirla, porque debo salir á su encuentro hasta dos leguas de Namur. Que no se os olvide, señor conde.

—Seréis obedecido, señor. ¿Tiene V. A. algo mas que confiar á mi ardiente celo?

—No, conde.

Barlemont salió de la cámara, repitiéndose las